

Por ello se afanan en una interminable búsqueda de recursos cuya distribución no está garantizada por ningún derecho, o a los que no es posible acceder a causa de las disfunciones y de las insuficiencias institucionales. En ese contexto se inscribe una buena parte de las iniciativas de "lucha contra la pobreza" llevadas a cabo por algunas organizaciones internacionales y por una buena cantidad de ONG. Es por ello también que en lugar de modificar la situación contra la cual luchan, estas estrategias terminan por reforzar esas lógicas de funcionamiento ya demasiado bien establecidas en los barrios pobres.



## INDIVIDUOS Y CIUDADANOS. NOTAS PARA UN ENFOQUE OBJETIVISTA DE LA SUBJETIVIDAD POPULAR

En 1937, Jorge Amado publicaba *Capitães da Areia*.<sup>1</sup> En esa célebre novela, el autor reconstruye la vida de un grupo de "más de cuarenta muchachos" que viven en las playas de Bahía en el interior de un depósito abandonado. Todas las mañanas, cada uno de esos muchachos va a la ciudad en busca de una ocasión, de encontrar un "plan", algo que robar, un trabajito en un carrusel, una limosna que exigir, una caridad que inspirar, un alma dispuesta a venir en su ayuda, una mujer en busca de amor, la voluntad de un cura que intenta "convertir" a estos "ladronzuelos abandonados" en "hombres trabajadores". "Cargaban al depósito los objetos que el trabajo del día les proporcionaba. Entonces el depósito cobijó extrañas cosas. Pero no más extrañas que aquellos chicos, de todos los colores y de las edades más variadas, de los nueve a los dieciséis años, que a la noche se extendían por el piso y por debajo del puente, indiferentes al viento [...] y a la lluvia."<sup>2</sup>

La historia de *Los capitanes de la arena* cuenta en parte "la aventura de la libertad en las calles de la más misteriosa y bella ciudad del mundo". Pero esta libertad está casi enteramente alimentada por la negatividad. Los muchachos se encuentran en un estado de casi total desafiliación, habitantes de un *no man's*

<sup>1</sup> Amado, Jorge, *Capitanes de la arena*, trad. del original en portugués (*Capitães da Areia*, 1937): Estela Dos Santos, Alianza, Madrid, 1989.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 21.

land muy cercano al de los vagabundos.<sup>3</sup> Sin familia, sin barrio, sin trabajo, sin otra política social que la cárcel o el internado en un orfanato. Así pues, situados en los márgenes de la ciudad y de la sociedad, los *capitaines* no tienen otra inscripción colectiva que ese grupo de pares que han sabido crear en el depósito que les sirve de refugio en la playa, entre el mar y la ciudad.

El jefe de *Los capitaines de la arena*, Pedro Bala, tiene quince años. "Hace diez que vagabundea por las calles de Bahía. Nunca supo de su madre; su padre había muerto de un balazo. Quedó solo y gastó años en conocer la ciudad. Hoy conoce todas sus calles y todos sus rincones. No hay tienda, negocio ni botica que no conozca." Despojados de cualquier medio de vida, aislados, vistos como una amenaza para el orden público, estos muchachos son en realidad perfectos cazadores urbanos. "Vestidos de harapos, sucios, semifamélicos, agresivos, mal hablados, fumadores de colillas, eran los dueños de la ciudad, a la que conocían totalmente, a la que amaban totalmente, eran sus poetas."<sup>4</sup> Cazadores: mediante esta imagen vamos a intentar desvelar la realidad sociológica de su situación y de sus vivencias.

La situación magistralmente descrita por Jorge Amado permite identificar el tipo puro de una figura de individuo y de una situación de individuación de la cual aquélla se desprende y que tracé en otro lugar a través de la metáfora de cazador.<sup>5</sup> Aquel primer acercamiento a lo que denomino la "lógica del cazador" se fundó sobre la base de un extenso trabajo llevado a cabo en las afueras de Buenos Aires. Desde entonces he observado cazadores en otros barrios populares de gran precariedad, allí donde la vida cotidiana manda. *Villas* de Puerto Príncipe, en Haití, y de Montevideo, en Uruguay, barrios populares senegaleses, argentinos, uruguayos y tal vez franceses<sup>6</sup>: en todos estos territorios de pobreza encontré cazadores, una de cuyas características primordiales es que su relación con la sociedad se establece de manera privilegiada a través de la ciudad.



<sup>3</sup> Cabe recordar que Robert Castel se sirve de la situación de los vagabundos de la Edad Media europea para ilustrar las situaciones de desafiliación (Castel, *Les métamorphoses...*, pp. 97-108). La imagen que Castel presenta de sus vagabundos coincide casi a la perfección con las palabras empleadas por Amado en su descripción de los *Capitaines*: "Peligrosos predadores desplazándose por los límites del orden social, viviendo de la rapiña y amenazando los bienes y la seguridad de las personas. Así es como se les presenta [...]" Sin embargo, añade Castel, "no es imposible desmantelar esta representación social del vagabundo y restituir la realidad sociológica que recubre" (p. 97).

<sup>4</sup> Amado, *op. cit.*, p. 21.

<sup>5</sup> Presenté en otro trabajo una primera versión de esta idea centrada en el caso de los barrios del conurbano bonaerense (Merklén, Denis, "Vivir en...").

<sup>6</sup> El retrato del cazador que dibujamos aquí emerge especialmente de situaciones de gran precariedad.

Querría volver aquí sobre esta figura del cazador para intentar estilizarla a través de algunos de sus rasgos más distintivos. El contenido se presenta en tres partes: en la primera intentaremos definir lo que es un "cazador urbano", esbozar los contornos de este "personaje" que tantas veces reconocimos en los barrios. En la segunda presentaremos la situación de individuación de la que surge la figura del cazador. Efectivamente, más que de un tipo de personalidad o de subjetividad, se trata de acotar, a la vez, las características y las consecuencias de una situación de individuación. La individuación aparece entonces como una forma de socialización determinada por dos factores: el carácter inestable y precario de la cotidianeidad del medio popular y las formas de inscripción colectiva tejidas como respuesta a la precariedad. Finalmente, la tercera parte intentará delimitar el sentido que la figura del cazador puede tener para el estudio de las clases populares en el seno de nuestras sociedades contemporáneas. El estudio presentado en este capítulo apunta así a un doble objetivo. Por un lado se presenta como un aporte al estudio de las clases populares, y por otro, ofrece una contribución a los actuales debates sobre el individuo.<sup>7</sup> A tal efecto reitero el propósito central de este libro: una observación de la estrecha relación entre condición social y condición política de las clases populares. Bajo el prisma del caso argentino, la democracia se confronta a un problema fundamental: ¿qué tipo de ciudadanía se observa en las sociedades fragmentadas?

en las que las instituciones muestran debilidad y la supervivencia está en juego: esto no corresponde mayormente a los contextos de precariedad observados en los barrios de los suburbios franceses; en todo caso, no de una manera comparable a lo que podemos observar en las otras ciudades citadas. Dicho esto, cazadores y situaciones sociales que conduzcan a la "caza" no son totalmente ajenos a la realidad de ciertos barrios precarios de Europa, donde los individuos son constreñidos a ese tipo de práctica. La más importante diferencia entre una y otra situación proviene (una vez más) del contexto institucional, de la mayor correspondencia entre legalidad y "realidad" material. En Francia, por ejemplo, las instituciones dejan escaso lugar a la caza. Simplemente, los individuos están dentro del derecho o fuera de él.

<sup>7</sup> A los trabajos pioneros de Robert Castel (cf. *La gestión des risques. De l'anti-psychiatrie à l'après-psychanalyse*, Minuit, "Le sens commun", París, 1981 [hay versión española: *La gestión de los riesgos. De la anti-psiquiatría al post-análisis*, trad.: Nuria Pérez de Lara, Anagrama, Barcelona, 1984]) y a sus contribuciones recientes (Castel, R., *Les métamorphoses...* y Castel, R. y Haroche, C., *op. cit.*) se agrega en Francia toda una prolífica serie de trabajos que alimentan un interesante debate. Entre otros, deben tomarse en cuenta los aportes de Alain Ehrenberg, Marcel Gauchet, Bernard Lahire, François De Sangly y Alain Touraine. Este debate se lleva a cabo como un diálogo con la tradición clásica, a veces con las contribuciones del posmodernismo y frecuentemente con autores como Anthony Giddens o Ulrich Beck. Ver la reciente compilación de trabajos de investigación sobre el tema: Caradec, Vincent y Martuccelli, Danilo, *Matériaux pour une sociologie de l'individu*, Presses Universitaires du Septentrion, Lille, 2005.

## Una figura de individuo moderno en el medio popular: los cazadores urbanos

La clave para comprender a los individuos a los que nos referiremos es que viven en el mundo como "cazadores" antes que como "agricultores". Estas dos lógicas de acción se oponen, lo cual nos permite enseguida delinear los principales rasgos de esta situación de individuación de la que queremos dar cuenta. Los cazadores no proyectan sus vidas con vistas a cosechas anuales, programadas en armonía con los ciclos naturales. Tampoco tienen especialmente medios de almacenamiento o acumulación que les permitan adaptarse a los períodos de descenso de la caza o de mala cosecha. Menos aún tienen la posibilidad de participar de la reproducción de un ciclo económico. Mediante los equivalentes modernos de la pesca, la recolección o la caza viven de lo que su hábitat les puede ofrecer, extrayéndolo de esa naturaleza que les es propia: la ciudad. Lo que caracteriza su modo de actuar es su relación de inmediatez con el medio. Los cazadores conocen perfectamente su territorio y han desarrollado estrategias eficaces para atrapar una presa, según lo que la "naturaleza" pone a su disposición. No obstante, puesto que no explota más que recursos "salvajes" (no domesticados), el cazador no controla la reproducción. Ese es el punto clave. Conoce los medios apropiados para atrapar a su presa, pero todavía tiene que encontrar una.<sup>9</sup>

Nuestros cazadores urbanos se adentran en la ciudad como en una selva que ofrece un variado repertorio de posibilidades. Hoy conseguirán quizá una buena presa, pero no es seguro que mañana lo logren. Tientan su suerte en la oportunidad que las grandes ciudades les ofrecen, especialmente en aquellas en las que el carácter informal de la economía y de las instituciones brinda las aperturas en las que hallar el sustento vital. Llegamos así a una característica fundamental de la

lógica de los cazadores: para poder explotar la ciudad, para atrapar o abatir a su presa, el cazador debe ser hábil, astuto, avisado; debe dominar a la perfección su territorio y desarrollar las capacidades necesarias para la correcta explotación del medio. Cual Pedro Bala, debe conocer cada calle y cada administración. El cazador no responde para nada a la imagen del indigente pasivo que, en su desesperación, aguardará una ayuda. El cazador busca y está a la expectativa cuando es necesario y también sabe replegarse. Conoce el ritmo de la ciudad: sabe cuándo una fábrica busca gente, cuándo la municipalidad llama a salir a la calle para loar a un candidato o —el caso contrario— para organizar una barricada. El cazador ha aprendido incluso a redactar proyectos para ONG.

Encontramos casi siempre a los cazadores viviendo en diversas formas de hábitat popular: su existencia es indisoluble del barrio. En este sentido, los cazadores urbanos de los que hablamos forman parte de un grupo, en el seno del cual participan de un sistema de intercambios. Por un lado porque una buena parte de los recursos de los individuos proviene de actividades que no son propiamente la caza, siendo en general más regulares que ésta.<sup>9</sup> Por otro, nuestros cazadores no se encuentran aislados en el interior de una selva impenetrable. Antes bien, están en contacto con otros grupos con los cuales tienen intercambios habituales. Más profundamente, forman parte de una sociedad moderna. En esa misma dirección, los cazadores participan en su barrio de una división del trabajo, a la cual los obliga el contexto institucional (volveremos sobre ese punto). Desde ese punto de vista, la caza forma parte de una estrategia colectiva de "multiactividad" que comienza en el seno familiar, ampliándose después a la comunidad del barrio, "lo que permite compensar los azares del mercado y también en la eventualidad, los azares de los recursos de autosubsistencia".<sup>10</sup> Los cazadores aparecen así como individuos especializados en una actividad específica —la caza— y ésta como una forma de acción habitual en los barrios.

<sup>9</sup> No hace falta decir que utilizamos la figura del cazador con una intención puramente metafórica. En ese sentido, movilizaremos la distinción antropológica entre la sociedad de cazadores-recolectores y las sociedades de agricultores únicamente en sus rasgos típico-ideales. Para una caracterización de las sociedades de cazadores véase Testart, Alain, "Les sociétés de chasseurs-cueilleurs", en *Revue Pour la science* (edición francesa de *Scientific American*), París, febrero 1979, pp. 99-108. Además, tomaremos como contrapunto la obra de Pierre Clastres sobre los indios guayaki, uno de los más bellos trabajos de etnología que hayamos leído sobre una sociedad de cazadores. Clastres, Pierre, *Chronique des Indiens Guayaki. Ce que savent les Aché, chasseurs nomades du Paraguay*, Plon, París, 1972 [hay versión castellana: *Crónica de los indios guayakis: lo que saben los aché, cazadores nómadas del Paraguay*, trad.: Alberto Clavería Ibáñez, Alta Fulla, Barcelona, 2ª ed., 2001 (1ª ed.: 1986)].

<sup>10</sup> Ya se puede subrayar aquí una primera diferencia con una sociedad de cazadores, pues en ésta "los hombres no pueden obrar de otro modo que matando animales para alimentar a la tribu, es decir, que para un guayaki no existe alternativa posible a la misión que le confía el grupo: un hombre es por definición, por principio y por vocación un cazador" (Clastres, op. cit., p. 24). Se puede añadir que los cazadores guayaki que Clastres estudió en 1963 no eran individuos propiamente dichos.

<sup>11</sup> Cottereau, Alain, op. cit., p. 71. Tomaremos prestado el concepto de "multiactividad familiar" que Alain Cottereau ha elaborado para describir las estrategias de relación con el mercado laboral de los obreros de principios del siglo XX en Francia.

Así, al tiempo que permite identificar una figura de individuo y una lógica de acción, la caza designa una situación de individuación. Repitámoslo: no presentamos aquí una forma de subjetividad sino un tipo de socialización y de sociabilidad. Es en ese sentido que la figura del cazador que nos esforzamos por esbozar depende de dos factores: en primer lugar, donde reina la precariedad, el cazador traduce una forma adaptativa en condiciones de vida extremadamente inestables; en segundo lugar, la figura del cazador responde a formas de inscripción colectiva que permiten a estas personas existir, mal que bien, como individuos. Estas formas de inscripción colectiva corresponden a dos órdenes. Están primeramente las más inmediatas (del tipo relacional), ya que se construyen en el marco de relaciones personales en las que el anonimato no tiene efecto y que se presentan bajo la forma de una inscripción territorial en el barrio. Y están las institucionalizadas, que permiten el acceso a la sociedad y escapar al grupo inmediatamente contiguo.

Estudiaremos ahora más de cerca cada uno de los componentes de esta doble situación de individuación.

### Una situación de individuación específica: inestabilidad cotidiana y formas de inscripción colectivas

*Si plantas rosas,/ crecen sandías.  
Si esperas coche,/ pasan tranvías.  
Así es mi tierra,/ que se resfría  
y está engripada/ de hace mil días.*

Rubén Rada, *Dedos*

En este apartado caracterizaremos el mundo popular a partir de dos rasgos que lo distinguen: la inestabilidad de su vida cotidiana y la fuerza de su tejido relacional, que generalmente está anclado al territorio. Estas dos características definen cada medio popular como una condición particular de individuación.

Que la inestabilidad es una característica de los mundos populares es algo sabido. Las fuentes de esta inestabilidad (tanto como de la estabilidad) para las clases populares son dos: la relación con el trabajo y las instituciones públicas.

Sabemos que es por la vía de aquél, "ese gran integrador", que se conquistó cierta estabilidad en el curso del siglo XX. Las condiciones de trabajo y la seguridad del empleo fueron el germen de una estabilidad que permitió organizar ya no sólo historias de vida individuales, sino incluso intergeneracionales. Las instituciones públicas, por su parte —de la escuela a la vivienda y a los servicios urbanos pasando por la seguridad y la salud, la relación con el Derecho, las protecciones sociales y en gran manera el Estado—, han constituido el otro gran pilar de huida de la precariedad. Más exactamente, cabe decir que la articulación entre el mundo del trabajo y la institucionalización de las protecciones sociales a través del Derecho permitió conjurar una gran parte de las inseguridades sociales.<sup>11</sup>

Sociológicamente hablando, se podría decir que la estabilización de las condiciones de vida puso fin a la existencia de un mundo popular a favor de la experiencia obrera y de la extensión del trabajo asalariado que lo fueron sustituyendo paulatinamente. En ese mismo sentido, la reciente introducción de nuevas fuentes de inestabilidad y de precariedad —tanto en el plano laboral como en el de las instituciones— permite observar el resurgimiento progresivo de mundos populares. Y esto en el seno de sociedades desarrolladas y aseguradoras como lo atestiguan por ejemplo los trabajos de autores como François Dubet<sup>12</sup>, Jean-François Laé y Numa Murard<sup>13</sup>, Stéphane Beaud y Michel Pialoux<sup>14</sup>.

Si dos son las causas de la inestabilidad, una sola es su consecuencia: la incertidumbre. La incertidumbre se opone con claridad a la esperanza de progreso, pero sobre todo a la planificación, a la organización de la vida en ciclos de reproducción, al control del porvenir. Así se observa una relación de doble dimensión con el tiempo organizado. La primera es la de lo imprevisible (el accidente

<sup>11</sup> Para un debate contemporáneo acerca de la inseguridad, cf. Castel, Robert, *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?*, Seuil, París, 2003. [Hay versión castellana: *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, trad.: Viviana Ackerman, Manantial, Buenos Aires, 2004.]

<sup>12</sup> Dubet, François, *op. cit.*

<sup>13</sup> Laé, Jean-François y Murard, Numa, *L'argent des pauvres. La vie quotidienne en cité de transit*, Seuil, París, 1985.

<sup>14</sup> A propósito de esta cuestión, se puede leer el trabajo de los autores citados como la descripción efectiva de la reaparición de un mundo popular entre las capas desfavorecidas de la población, a diferencia de la interpretación de los propios autores que analizan su terreno más como el retorno de una (nueva) condición obrera que como el resurgimiento de una cultura popular. Beaud, Stéphane y Pialoux, Michel, *Retour sur la condition ouvrière*, Paris, Fayard, 1999, y *Violences urbaines, violence sociale*, Paris, Fayard, 2003.

interrumpe indefinidamente el orden deseado), mientras que la segunda es la de una espera, en la que el tiempo transita lentamente, fijo en el espacio. El letargo de ésta permite integrar la naturaleza traumática de aquélla.

### Un mundo incierto

La inestabilidad y la falta de regularidad invaden la vida cotidiana en el barrio popular a niveles desconocidos para otras categorías sociales. Esta experiencia de lo incierto es ajena a la de otras zonas de la ciudad y más rara aún en otras sociedades en las que las instituciones rigen la vida social de manera más sistémica.<sup>15</sup>

Investigando en medios populares, tuve frecuentemente dificultades para concretar las citas convenidas con los entrevistados, impedimentos que se repitieron a menudo a lo largo del trabajo de campo. En el momento de desplazarme al terreno, el trabajo programado con alguno de los entrevistados quedó en suspenso porque la persona se había ausentado o llegó tarde o estaba ocupada en otros menesteres. Ese es el momento en el que el investigador queda a la expectativa, en el que se deja llevar, en el que comparte el ritmo de vida de sus habitantes, sus dificultades. A veces debí pasar la noche en el barrio porque el colectivo de la única línea nocturna no pasaba más (sin que se conociera la razón). Muchas veces he debido quedarme, inmovilizado, al intentar subir a colectivos que no paraban por estar repletos. Otras veces, diferentes episodios de violencia, en los que la Policía estaba casi siempre involucrada, me impidieron llegar a mi destino. En otras ocasiones tardé toda una mañana en sacar el auto del pozo adonde había caído tras resbalar en el barro. Y así innumerables avatares.

Estas vivencias, que en el curso de un trabajo de investigación pueden parecer anecdóticas, se repiten y multiplican en la vida cotidiana de los que viven ahí. Ello les ocurre en todo tipo de situaciones: los trámites en la municipalidad o en

los servicios sociales pueden llevar horas y exigir días enteros de esfuerzo. Las cosas no llegan a tiempo donde deberían y los maestros faltan a su lugar de trabajo pues también a ellos les afecta la inestabilidad, aun siendo la escuela, en muchos casos, el lazo institucional más estable de las familias. La irregularidad está presente en los servicios urbanos, en el transporte, en la recolección de residuos, en los cortes de agua y de electricidad. La irregularidad también está presente en los dispensarios, en los que se espera la llegada del pediatra o de los medicamentos, y en la Justicia, que se toma años para dirimir litigios entre particulares. Ahí precisamente la incertidumbre conlleva la dilación: "El tiempo pasa. El 188 no", rezaba un graffiti en la parada de colectivos de una zona popular de Montevideo en 1998. Así se espera la llegada del médico, de los medicamentos, la promesa de un contrato de trabajo, de los trabajos de mejora del barrio... Un día todo se da vuelta: el gobierno cambia los criterios de atribución de un subsidio o modifica su monto; lo que dependía del derecho entra en el terreno de lo arbitrario.

Ante la pregunta "¿Tenés trabajo?", la respuesta será quizás que "Sí, ahora sí", lo que indica que anteriormente no y que mañana quién sabe. "¿Te pagan?", pregunta la esposa. "No, pero me dieron un adelanto... parece que cobraremos el lunes", responde el marido. Con el fin de terminar con esta incertidumbre del mañana muchos trabajadores senegaleses que vi desfilando el 1° de mayo en Dakar portaban pancartas en las que se leía "Non au statut de journaliste éternel!"<sup>16</sup>.

Evidentemente, la cuestión de la regularidad o la estabilidad de la vida cotidiana es una cuestión cuya relatividad hay que precisar. Considerar que la inestabilidad gobierna lo cotidiano en muchos de los barrios populares exige responder a una cuestión metodológica de orden general: esos ambientes son ciertamente precarios, pero ¿con respecto a qué definimos esa precariedad? La inestabilidad se expresa en la vida cotidiana, pero encuentra su origen en la forma en la que las instituciones organizan la cohesión social. Podemos así intentar una comparación: en ciertas sociedades mejor reguladas que éstas que constituyen nuestro objeto (como las de Europa occidental, por ejemplo), las instituciones funcionan de manera más sistémica y regulan en mayor medida la vida cotidiana.

<sup>15</sup> Nos enfrentamos aquí a un problema central de la sociología que debería afectar a toda reflexión acerca del individuo por las implicaciones teóricas que entraña: la cuestión de la "regularidad". Así, la "irregularidad" y la precariedad propias de los mundos populares constituyen una forma de regularidad, pues la norma contextual en esas situaciones la da la imposibilidad de controlar el porvenir. En relación con el problema general de la regularidad y los diferentes tratos que la sociología le otorga, cf. Chauvire, Christiane y Ogien, Albert (dirs.), *La régularité. Habitude, disposition et savoir-faire dans l'explication de l'action*, Eress, Colección "Raisons pratiques", Paris, 2002.

<sup>16</sup> "No a la condición de eternos jornaleros", observaba una pancarta que vi desfilando junto a otras en ocasión del 1° de Mayo de los años 2000 y 2001.

Podemos señalar entonces una mayor correspondencia entre la formalidad legal y la "realidad", una mayor extensión de las instituciones sobre la vida social y menos brechas entre éstas. Las instituciones públicas tienen una influencia muy grande en la socialización, pudiendo de esa manera articular más eficientemente el paso del individuo de una a otra institución en los diferentes momentos de su vida.<sup>17</sup> Esta "rigidez" institucional permitió, durante la época del pleno empleo, garantizar la integración social –y debe decirse que aún hoy, pese a las desestabilizaciones del trabajo, asegura niveles de cohesión relativamente altos comparados con los de una sociedad como la argentina. En efecto, es a partir de la inserción laboral que otras participaciones institucionales (como la educación, por ejemplo) cobran sentido. La sociedad puede entonces compararse a un sistema. Por el contrario, en épocas de crisis como las que se vienen viviendo desde hace una veintena de años, se produce una fractura del sistema institucional que expulsa a una gran cantidad de individuos hacia situaciones de desafiliación. Este contexto explica en parte la gran popularidad de la idea de exclusión en Francia, por la cual, partiendo de una situación en la que la vida social se vivía en gran medida al abrigo de las instituciones, la separación de una cierta cantidad de individuos de ese sistema institucional ha sido percibida como constitutiva de una situación de "exclusión social".

Me refiero a esas situaciones en las que el Estado no regula, o lo hace de manera laxa, importantes ámbitos de la vida cotidiana. Esto queda expresado claramente en el carácter cada vez más informal de la regulación social: leyes y reglamentos que no se respetan, economía en negro, controles públicos debilitados... Se dice en Brasil de una ley que "no pegó" (*essa lei não pegou*) para indicar que aunque pudo ser votada por el Parlamento es una ley que no es

<sup>17</sup> Muchos son los investigadores que señalan la "desinstitucionalización" reciente de las historias de vida en Occidente, observación extensible sobre todo a la experiencia de las clases medias. Dicho esto, esta "policromía" del tiempo biográfico permanece aún mayormente encuadrada en instituciones precariedad poder calificar como "sólidas", por lo menos con respecto a las situaciones de mayor precariedad observadas en los países del "Sur". En el caso de los países del "Sur" se trata más bien del disfuncionamiento institucional; en el "Norte" se trata más bien de una evolución institucional en un sentido menos "funcionalista". Con respecto a estos temas de la dimensión temporal de las historias de vida, véanse los trabajos de Marc Bessin, especialmente Bessin, M., "Les séculs de l'âge à l'épreuve de la flexibilité temporelle", en Quetelet, Ch., *Le temps et la démographie*, Académie, Louvain-la-Neuve, 1993, pp. 214-230. Acerca de la evolución de las instituciones y de su "programa", véase Dubet, François, *Le déclin de l'institution*, Seuil, París, 2002.

seguida ni respetada por nadie. Entonces, o bien las instituciones no existen, o bien la forma real que adoptan deja lagunas en la sociedad, y esas lagunas pasan a llenarse con otras formas de lo social como las que se pueden encontrar en esos barrios.<sup>18</sup>

Así se presenta cotidianamente lo que certifican las cifras relativas a la precariedad, al trabajo informal, o incluso lo que muestran los indicadores acerca de las disfunciones de los servicios públicos. Es así que la vida en los márgenes exige acostumbrarse a la inestabilidad como componente de la vida cotidiana. La inestabilidad institucional se vuelve entonces uno de los dos ejes centrales de esta situación específica de individuación que puede ser regularmente observada en los barrios populares de muchas grandes ciudades. Por eso, contrariamente a las ideas en boga de Ulrich Beck<sup>19</sup>, no diría que las "sociedades de riesgo" son la característica de la modernidad contemporánea, antes bien, que la incertidumbre estructura la experiencia contemporánea de la mayoría de los medios populares, ya que constriñe a los individuos a una mezcla compleja de iniciativa y de espera, algo siempre difícil de controlar.

### *La inscripción territorial (e institucional)*

Pese a lo anterior, la experiencia de las clases populares no se compone solamente de irregularidad. Pues si bien la irregularidad es la principal característica de su vida cotidiana, vemos en todas partes a las clases populares luchar por estabilizar su presente y anticipar lo más posible su futuro. Y frente al mal funcionamiento de las instituciones, la principal fuente de estabilidad del mundo popular ha sido aportada siempre por las estructuras de lo relacional: la familia, el vecindario, la religión, o la organización social y política. Sobre esta base

<sup>18</sup> Esta distancia con la legalidad y su combinación con formas complejas de actividad encuentra un ejemplo interesantísimo en la visión que Gabriel Kessler ha dado recientemente del delito *amateur*. Se observa allí un modo de resolución de este problema dado por una articulación compleja entre trabajo y delito, y entre los destinos diversos que se da al dinero ganado según que se lo obtenga de modo legal o ilegal. Cf. Kessler, Gabriel, *Sociología del delito amateur*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

<sup>19</sup> Beck, Ulrich, *La société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, Flammarion, París, 2001. [1ª ed. en alemán, 1986; hay versión española: *La sociedad del riesgo global*, trad. (del inglés). Jesús Alborés Rey, Siglo XXI, Madrid, 2002.]

podemos distinguir la segunda característica de la situación de individuación de la que surge la figura del cazador.

En esos espacios prefigurados inestablemente por el empleo y las instituciones, un marco relacional estructurado sobre la base del territorio y del ámbito local constituye a menudo el sostén básico de los individuos. El barrio constituye así la base principal de la estabilización de la experiencia. Es algo que manifiestan continuamente los habitantes de barrios formados a partir de la ocupación ilegal de terrenos. A menudo he obtenido testimonios en los que las trayectorias de las personas muestran el sufrimiento causado por el desarraigo, donde los individuos y sus familias han deambulado de un lado a otro sin encontrar lazos de solidaridad que les permitieran establecerse y dejar atrás su deriva en los planos económico, habitacional y educativo. A veces estos recorridos llevan del interior a la capital, tras ello a un nomadismo en la gran ciudad, a menudo forzado, hasta encontrar las familias un primer lugar de anclaje en algún barrio o villa. Esta inscripción les permite plantar sus pies en la tierra y hacerse, mal que bien, de un lugar en el mundo. Es ella además la que, en gran medida, permite afrontar de manera colectiva los problemas engendrados por la precariedad, así como reducir los estados de vulnerabilidad.

La importancia del problema amerita que nos detengamos un momento sobre la cuestión del nomadismo o la imposibilidad de asentarse, pues permite comprender, siguiendo el ejemplo contrario, el valor de la inscripción territorial. Al describir Pierre Clastres la vida de los cazadores *guayaki*, nos presenta una tribu nómada que se desplaza para quedar mejor protegida de amenazas exteriores (especialmente de guaraníes y paraguayos —el hombre blanco—) y para aprovechar mejor los ritmos de la selva. Es la "inseguridad" lo que guió a esta tribu, antaño agricultora, a consagrarse a la caza, la que aparece en este contexto fuertemente ligada al nomadismo. No obstante, a esta característica errática hay que añadirle una de la que sufren los indigentes urbanos de hoy en día: éstos son obligados con frecuencia a abandonar sus viviendas en la búsqueda de un trabajo o de un ingreso mejor, a menudo segregados por políticas urbanas que los expulsan lejos en los suburbios, a veces forzados por el desborde de un curso de agua que inunda sus casas. Este nomadismo urbano es individual. Quiebra lo colectivo, separa al individuo del grupo. Las personas logran como máximo seguir unidas en el seno de sus familias (cuando éstas no se deshacen por la separación), pero pierden el vecinazgo que reúne a las familias entre ellas al tiempo que pierden esa relación con la ciudad que han tardado generalmente mucho tiempo en construir. Esto lo vemos observando en Argentina por los sucesivos planes de

erradicación de villas, como resultado de la liberalización del precio de los alquileres o debido a las grandes obras de modernización de la ciudad, todos procesos que desde los años setenta han privado a miles de familias de su vivienda.

El barrio ofrece al individuo un marco de inscripción social territorializada en la que los habitantes encuentran, en primer lugar, una estructura relacional que les sirve de soporte (la solidaridad y la posibilidad de organizarse junto a sus vecinos), en segundo lugar, un lazo con los servicios, la ciudad y las instituciones (una casa, una escuela, tratamientos básicos de salud, etc.), y, finalmente, una fuente probable de prestigio —o de estigma— otorgada por la reputación del barrio en el que habitan y con el que se los identificará. En ese sentido, la participación en la vida política, social y cultural del barrio es una manera de hacerse de un lugar en el seno de la sociedad y dotarlo de sentido; es decir, forjar un mundo de significaciones culturales y de relaciones sociales (la radio local, las asociaciones barriales o la escuela, por ejemplo), que les permite a los individuos profundizar su experiencia en la ciudad. La inscripción en el barrio proporciona a la vez un marco de estructuración de solidaridades locales y un medio colectivo de relacionarse con el ámbito institucional a través de la acción colectiva.

A modo de conclusión (provisional) podemos ahora decir que el barrio otorga a los individuos dos clases de soporte. En primer lugar, encontramos el dominio de las solidaridades locales con su estabilización de lo cotidiano y estructuración del inmediato mundo de las pertenencias. Si tomamos por ejemplo un tema tan elemental como el del ingreso, advertiremos claramente la naturaleza de esta estructura de solidaridades de base territorial. Contrariamente a lo que ocurre (aparentemente) en el mundo asalariado, el ingreso no es aquí para nada una propiedad exclusiva de los individuos. En un barrio popular, la gente vive parcialmente de salarios, pero también de robos, de expedientes que han aprendido a obtener de las burocracias, de la participación en redes diversas de clientelismo, de las iglesias, de las ONG y de los partidos políticos. A menudo se trata también de participar en diferentes formas de tráfico o de integrarse en el seno de una diáspora llegada a cualquier ciudad de la abundancia, digamos, una ciudad del Norte occidental. De ahí la existencia de un sistema social local en el que la presencia de los cazadores encuentra toda su razón de ser al lado de otras figuras de individuo. El mundo de un barrio popular se estabiliza territorialmente a través de estructuras relacionales, cuyo pivot sigue siendo la familia. No obstante, el ámbito relacional está inmerso en un mundo inestable del que las estructuras locales no pueden conjurar la irregularidad. La caza aparece entonces como una forma de dominar la precariedad. Se trata, efectivamente, de una experiencia



muy cercana a la de *Los capitanes de la arena*, si no es porque los personajes de Jorge Amado se encuentran completamente marginados de la sociedad y obligados a un tipo de caza cuya arma principal la constituye el hurto.<sup>20</sup> Los *capitanes* no tienen barrio, ni siquiera familia.

En segundo lugar, encontramos el ámbito de la acción colectiva. Los barrios populares dependen de una acción política de base territorial. Dos circunstancias alimentan esta dependencia de la acción colectiva. Por una parte, en el marco de una gran ciudad el acceso a los servicios urbanos más elementales depende de una lucha permanente con el Estado. Ya sea para la obtención del agua potable o de la electricidad, ya para la recolección de la basura, los habitantes se ven obligados a sostener un conflicto permanente para intentar remediar los regulares disfuncionamientos o para acceder a lo que tradicionalmente se les niega.<sup>21</sup> Por otra parte, esta dependencia de la acción política se ve alimentada por la insuficiencia de los ingresos: a menudo los habitantes de los barrios populares son tributarios de la ayuda social, de las políticas sociales o de la acción de toda clase de organizaciones públicas, como las iglesias o las ONG, promotoras de la "ayuda para el desarrollo". Desde este punto de vista, el barrio permite a los individuos articular un punto de apoyo para la acción colectiva. Esta movilización de base territorial toma la forma de organizaciones barriales de múltiples rostros, desde estructuras políticas hasta agrupaciones religiosas, pasando por asociaciones, bandas de rock o formaciones de carnaval. Todas ellas tienen en común su capacidad de formar un colectivo y de volverlo capaz de luchar por los recursos cuyo control les es ajeno (puesto que es mantenido por las instituciones)<sup>22</sup>.

<sup>20</sup> Entre las actividades de los *guayakis*, Pierre Clastres (*op. cit.*) destaca el robo (de mandioca y de maíz) que los cazadores practican "desde hace siglos" sobre etnias de agricultores establecidas en llanos situados en los márgenes de la selva. Efectivamente, considerados desde un punto de vista local, ciertos "robos" no son más que partidas de caza que los habitantes realizan en la ciudad con el objeto de llevar algo al barrio.

<sup>21</sup> Esta constatación a menudo olvidada, aunque característica de las luchas urbanas, fue objeto de un rico debate en los años setenta, al que contribuyeron en gran medida tanto la sociología francesa como la de América Latina. Véanse por ejemplo, Castells, *op. cit.*, y Lojkin, Jean, *Le marxisme, l'état et la question urbaine*, PUF, París, 1977.

<sup>22</sup> En el barrio de Yeumbeul, en Dakar, trabajé con más de una decena de asociaciones, todas interesadas en hacerse con los recursos controlados por diferentes ONG, las cuales a su vez los reciben de la cooperación internacional. Se establece entonces un juego de relaciones de fuerza y una lógica de acción colectiva a cuatro bandas: las asociaciones barriales, las ONG (senegalesas o internacionales), el Estado senegalés y los organismos internacionales (la Unión Europea o la *Coopération Française*). Las asociaciones barriales son bastante concientes del juego, en el interior del cual siempre van a intentar cazar algo. Describi este esquema de actuación en Merklen, Denis, *Urban Development Projects...*

Ilustran bien nuestro argumento tanto la inestabilidad producida por las instituciones debilitadas como las tentativas de remediar la precariedad a nivel del barrio que observamos en el caso de los barrios nacidos de ocupaciones ilegales de tierras. En estos asentamientos la acción colectiva se basa en una falla de la legalidad: las tierras son ocupadas ilegalmente para reclamarle al Estado el derecho instituido a la ciudad, a la tierra, a una vivienda decente, "*digna*", dicen los protagonistas. Si es verdad que la acción de los ocupantes carece de legalidad, no es menos cierto que también el Estado está en falta, pues debería garantizar esta serie de derechos y no lo hace. Ante este panorama, cuando las tierras son invadidas las organizaciones barriales aprovecharan la competencia entre los partidos políticos para obtener el acceso a servicios urbanos gracias al uso estratégico del clientelismo: el apoyo a tal candidato a cambio de la red de agua potable, de una subvención para la construcción del polideportivo o la distribución de alimentos, de frazadas, de vestimenta o de cualquier otro bien (como preservativos, lo cual es muy común). En ese sentido, la acción colectiva es guiada por la misma lógica "oportunist" del cazador que encontramos en las conductas individuales. La movilización política no sostiene la sola construcción de una nación o la defensa de unos *derechos para todos*, sino la obtención de resultados inmediatos. Los cazadores juegan entonces un rol muy importante: son ellos quienes saben qué distribuye cada administración, qué ONG prepara un proyecto, por mediación de qué iglesia llegarán las *chapas*, qué dirigente tiene más posibilidades de salir elegido intendente.

La estructura relacional del barrio permite así a los habitantes actuar sobre una segunda forma de inscripción colectiva: la que la une más estrechamente a la sociedad a través de las instituciones. Los habitantes materializan su inscripción en colectivos más extensos que los inmediatamente dados por el territorio en el momento en el que obtienen la instalación de una comisaría, de una escuela o de un dispensario en su barrio. Sin embargo, la relación con estos colectivos institucionalizados necesita una movilización política cuyos resortes son a menudo las organizaciones locales. De esta manera, la inscripción territorial de las clases populares aparece dada por esos dos componentes: una estructura de relaciones locales y una forma de movilización colectiva ante las instituciones con las que comparten una base local. La existencia en cualquier barrio popular de numerosas formas asociativas da pruebas del hecho de que la inscripción institucional no se corresponde, para las clases populares, con una ciudadanía conquistada. Muy por el contrario, ésta exige una movilización permanente. Más aún, debido a la



misma debilidad institucional que alimenta la precariedad, el acceso marginal a las instituciones no basta en modo alguno para conjurarla.<sup>23</sup>

Se puede fácilmente observar que este mundo relacional del que estamos proporcionando algunas características no tiene nada de "tradicional". Al contrario: como constitutivo de la experiencia popular contemporánea, se debe afirmar que es perfectamente "moderno". No es tradicional porque el tipo de vínculo que segrega no causa el sofocamiento del individuo. Desde este punto de vista, se trata más bien de sociedades localizadas que de "comunidades" en el sentido clásico del término. El distanciamiento y el "desancleje"<sup>24</sup> de las relaciones sociales causadas por la llegada de la modernidad hacen que los individuos no se encuentren enteramente amparados por la colectividad local, como si ésta fuera una institución total. La deslocalización de los vínculos con la economía, con la ciudadanía y la comunicación, por ejemplo, se encuentran entre las principales fuentes de desancleaje de la vida social. La prueba de que lo relacional contemporáneo no tiene nada de tradicional la encontramos efectivamente en la evolución de estas nuevas formas de lo relacional, hecho que evidencia que ofrecen una posibilidad de resistencia tanto mayor cuanto que no estructuran enteramente lo social: a menudo se debilitan, hasta el punto de desaparecer, tan pronto como el Estado y el trabajo recuperan su lugar.

### *El mundo popular: dos especificidades para una situación de individuación*

Podemos ahora sintetizar algunos rasgos característicos de los cazadores urbanos. El cuadro lo representa una figura de individuo situada en el centro de una composición organizada sobre una doble condición de individuación como fondo: inestabilidad institucional e inscripción territorial. Su cotidianeidad es

precaria, principalmente en razón de su débil integración laboral, pero también a causa de la fragilidad de la mayoría de los lazos institucionales que se les propone a los habitantes. Así sucede que la precariedad los fuerza a la búsqueda permanente de la oportunidad y el intersticio. Por otra parte, el barrio se constituye como uno de los principales colectivos que contienen la vida de los individuos frente a la precariedad.

Dos ejemplos de la literatura sobre el mundo popular describen cada una de esas dos condiciones de individuación. Podemos ver, por un lado, cómo en los márgenes de numerosas sociedades contemporáneas la experiencia vivida es similar a la de *El Lazarillo de Tormes*, que en la España del siglo XVI pasa de un amo a otro y de un empleo a otro con la única ayuda de su astucia buscando de qué vivir en un orden que no tiene un lugar estable que ofrecerle.<sup>25</sup> Efectivamente, como en toda la literatura picaresca, la vida en los márgenes exige ser avisado tanto para ganarse el pan como para participar en los proyectos colectivos. Vivir en los márgenes implica una astucia especial en un mundo en el que no hay garantías: la sagacidad del cazador. El cine de Charles Chaplin llevó el mundo de la picaresca a la "pantalla grande", donde su obra *The kid* ofrece sin lugar a dudas el mejor de los ejemplos.

La otra condición de individuación ha sido descrita también por la literatura popular. Se trata de una vertiente "relacional" representada por un escritor como Jorge Amado. Roberto DaMatta señaló este carácter relacional de las novelas de Amado, pues aquí no es un héroe el que ocupa el centro de la historia, sino una trama de relaciones que sustentan el relato y dan sentido a cada personaje, como en el caso de *Doña Flor y sus dos maridos*.<sup>26</sup> Sin embargo, contra lo que piensa DaMatta, la densidad relacional característica del mundo popular no ahoga al individuo como en las sociedades tradicionales. Esta densidad permite contener la precariedad, aunque sólo sea parcialmente. Es esta fuente mínima de estabilidad aportada por la familia y el barrio la que aparece como uno de los soportes que hacen posible la aparición de una figura de individuo perfectamente moderna. Es por eso que, más allá de su carácter extremo, la situación de *Los capitanes de*

<sup>23</sup> Esta forma de dominación se incrementó a raíz de una reorientación de las políticas sociales operada en los años ochenta bajo la presión de organismos internacionales tales como el Banco Mundial —y detrás de éste el resto de los prestadores de fondos. Se basó en la orientación "focalizadora" de las intervenciones públicas y en su "localización". Al mismo tiempo estos organismos aconsejaron el abandono de toda pretensión universal que diera "acceso a un derecho". Cf. *supra*, capítulo 4.

<sup>24</sup> Sobre el desancleaje de las relaciones sociales, cf. Giddens, Anthony, *op. cit.*

<sup>25</sup> Tomamos prestado el ejemplo de *El Lazarillo de Tormes* a Castel. Cf. Castel, Robert, "Les marginaux dans l'histoire", en Paugam, S. (ed.), *L'exclusion, l'état des savoirs*, La Découverte, París, 1996, pp. 32-41, y también *El Lazarillo de Tormes*, Barcelona, Planeta, 1995 (anónimo, 1554).

<sup>26</sup> DaMatta, Roberto, "Mulher, Dona Flor e seus dois maridos: um romance relacional", en *A casa & a rua. Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*, Rocco, Rio de Janeiro, 1997, pp. 97-132.

la arena ilustra perfectamente nuestra hipótesis. Amado describe un medio popular que se desarrolla entre las dos condiciones de individuación que mencionamos. Como ya se apuntó anteriormente, nos muestra un grupo de niños completamente abandonados, que recorren la ciudad en busca de una oportunidad: algo que robar, una "changa", la caridad de un rico, y vuelven cada noche al depósito abandonado en el que viven. Ahí tejen el único soporte del que pueden beneficiarse: el mutuo apoyo, los lazos de solidaridad que permiten a esos niños avanzar hacia la vida adulta. En la ciudad son los perfectos individuos "negativos", solos, totalmente abandonados a su suerte. En el galpón conforman una banda cuyos roles principales están en manos de "El profesor" (el único entre ellos que sabe leer y escribir) y "Pedro Bala" (el cabecilla). Si la primera condición de individuación (la más absoluta precariedad) obliga a los "capitanes" a un movimiento permanente para su supervivencia, la segunda (su asociación) les proporciona los soportes mínimos para que su movilización sea posible.

### **Conclusión: pensar las clases populares a través del individuo y el individuo a través de las clases sociales**

#### *Figuras de individuo y situaciones de individuación en el medio popular*

En sus más recientes trabajos, Robert Castel propuso "un enfoque objetivista de la subjetividad". En ellos delimita con clarividencia algunas de las más importantes encrucijadas del individuo contemporáneo, en particular a partir el concepto de "soporte" y la idea según la cual es posible definir "figuras" del individuo. En líneas generales, el concepto de soporte evoluciona sobre un doble registro teórico. Por una parte sirve para identificar las condiciones sociales que permiten a los hombres existir "positivamente" como individuos, esto es, identificar las bases sobre las que el individuo puede "asentar un mínimo de autonomía". Por otra parte, la ausencia o presencia de soportes permite a Castel identificar "figuras" de individuo, como las de individuo "por exceso", "por defecto", y aun la de individuo "negativo". Vemos así claramente que el individuo no es una immanencia teórica ni un punto de partida político.

Es precisamente en el juego que se produce entre la naturaleza de los soportes que sostienen al individuo para enfrentar un contexto particularmente exigente y

la naturaleza inestable de ese mismo contexto, que el cazador surge como una figura de individuo propia de los mundos populares. Aunque, como ya se precisó, la figura del cazador sólo emerge bajo ciertas condiciones muy específicas. En ningún caso llega a cubrir la totalidad de la experiencia contemporánea de las clases populares, sino que es una figura más entre otras. Sin embargo, en clara oposición a la metáfora del agricultor, la figura del cazador nos permite identificar algunas de las encrucijadas de la democracia contemporánea. Confrontados a la precariedad, a lo incierto y a la movilización de los individuos, las clases populares componen formas más o menos bastardas de ciudadanía que les permiten hacer frente, a veces, a esas dificultades.

Intentaremos avanzar sobre la base de esta conceptualización, tomando una orientación específica a partir de la evolución elaborada por Castel. Propongo en primer lugar considerar el mundo popular como una situación específica de individuación. Podemos así escapar a una visión que destaca el carácter desviado de los mundos populares, a menudo a partir de un trasplante anacrónico de la oposición modernidad-tradición. Dado que la mayor parte del tiempo el sociólogo no encuentra entre las clases populares la figura de un individuo "racional" característica de los mundos de soportes sociales estables y de propiedad sólida, concluye, por rápida asociación con las ideas de Louis Dumont, la inexistencia de individuos. Según esta visión, en los medios populares el individuo sería aplastado por un mundo de relaciones tradicionales o primitivas.<sup>27</sup> Más aún, confrontado a las exigencias de la modernidad, este tejido relacional desemboca esencialmente, se nos dice, en producciones anómicas.

El mundo popular que describo es un mundo enteramente atravesado por la modernidad. Sólo que la modernidad no es unívoca: está hecha también de precariedad, de pobreza e incluso de miseria. Basta con desplazarse a la mayor parte de los barrios populares de América Latina para ver la producción social de individuos, aun si desgraciadamente tienen una existencia difícil contra la cual, mal que bien, intentan luchar. Es lo que aparece tras una lectura atenta de investigaciones llevadas a cabo desde perspectivas diferentes. A este respecto, a

<sup>27</sup> El estudio de Clastres nos sirve una vez más de contrapunto. En la sociedad tribal, "el destino de los hombres dibuja su figura únicamente sobre el horizonte de lo colectivo y exige de cada cual la renuncia a la soledad de su yo, el sacrificio de su goce privado" (op. cit., p. 52). Nada de esto sucede, evidentemente, en los barrios populares de sociedades contemporáneas, ya sea en ciudades del "Norte" o del "Sur".

los ya citados trabajos de François Dubet, Jean-François Laé y Numa Murard, o de Stéphane Beaud y Michel Pialoux, puede agregarse la mención de otras importantes contribuciones, como las de Michel Kokoreff o David Lepoutre, por no citar más que el círculo francés.<sup>28</sup>

El mundo popular puede observarse a la luz de las situaciones de individuación que produce. ¿Cómo es el individuo de las clases populares? En un artículo muy interesante publicado en Francia en 1981, Stephen Warner, David Wellman y Lenore Weitzman adoptan una perspectiva "situacionista" para intentar delimitar las características de los individuos en situación de dominación, para lo cual toman ejemplos a partir de las acciones de las mujeres y los negros en los Estados Unidos de los años sesenta.<sup>29</sup> Los autores comparan entonces tres tipos de mirada frecuentemente dirigidas a los oprimidos, a menudo considerados por el sociólogo como "héroes", "pobres tipos" o "bribones". Con Claude Grignon y Jean-Claude Passeron podríamos decir que este etiquetado procede simplemente de las ambigüedades y tensiones con las que se encuentra el científico ante la cultura popular, y que al menos las dos primeras de estas categorías (el héroe y el pobre tipo) corresponden a las posiciones del "miserabilismo" y del "populismo" tan comunes en el tratamiento de las clases populares.<sup>30</sup> Sin embargo, la fuerza del artículo de Warner, Wellman y Weitzman procede del punto de vista estructural adoptado por los autores (a pesar de la filiación interaccionista que reivindicán): es la situación de dominación la que obliga a los individuos a comportarse como "bribones", e, incluso cuando lo hacen como "héroes" o "pobres tipos", los oprimidos no están sino movilizándose estratégicamente sus personas a fin de tender una trampa al dominador (trampa en la cual cae también, obviamente, el sociólogo). El comportamiento bribón es a la vez posible y necesario gracias a una triple condición: el oprimido necesita estrategias para sobrevivir dada su falta de autonomía, toda situación de dominación posee una estructura racional que ofrece un margen a la negociación (no olvidemos que casi ninguna opresión es total), y la cooperación entre los oprimidos les permite disponer siempre de una trastienda donde preparar sus estrategias.

<sup>28</sup> Kokoreff, Michel, *La force des quartiers. De la délinquance à l'engagement politique*, Payot-Rivages, París, 2003; Lepoutre, David, *Cœur de banlieue. Codes, rites et langages*, Odile Jacob, París, 1997.

<sup>29</sup> Warner, Stephen, Wellman, David y Weitzman, Lenore, "Le héros, le pauvre type et le combinard. Trois spécifications des oprimés", en *Espaces & sociétés* N° 30-31, París, 1981, pp. 87-110.

<sup>30</sup> Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude, *op. cit.*

Cuando nos desplazamos hacia el terreno de las clases populares, sólo por excepción encontramos el peso del mundo tradicional. En cualquier caso, la tradición no ocupa en este medio un lugar más importante que el que puede tener en el mundo de otras clases sociales que la sociología califica sin problema como perfectamente compuestas de individuos.<sup>31</sup> Las estructuras relacionales que encontramos en el mundo popular contemporáneo funcionan más como un punto de apoyo para la acción que como una materia densa y opaca en la que se ahogarían los individuos.

Volvamos ahora a nuestro ejemplo: ¿cuál es la experiencia de un individuo inscrito territorialmente pero al que los soportes institucionalizados le fallan en mayor o menor medida? Aquí el barrio constituye a menudo una muralla defensiva frente a la pobreza y a la inestabilidad en la que está inmersa la experiencia social. Los comportamientos de los individuos son una expresión de la "distancia institucional" que caracteriza su vivencia. A través de una estrategia de inscripción territorial el barrio se torna un medio de integración social. No obstante, esta estrategia de integración opera a través de una inscripción en la ciudad que en sí no puede colmar los déficit de integración engendrados por otros registros de lo social. Se podría decir que no da acceso más que a una inserción de tipo marginal. En ese marco, los habitantes se vuelven cazadores al salir diariamente a la ciudad y volver al barrio con sus presas, cosa que a veces hacen en grupo y a veces de manera individual.

Evidentemente, lo que llamo la "lógica del cazador" no aspira a plasmar la totalidad de la experiencia de estos barrios situados al margen de la ciudad. Mi intención no es tampoco definir una "cultura de la marginalidad". La caza es quizá la actividad más espectacular de los cazadores, pero una parte importante de sus recursos proviene a menudo de otras formas de actividad, principalmente el trabajo y las políticas sociales (según el contexto). La noción de "lógica del cazador" puede ser entonces entendida como identificando la lógica del participante en una cultura de los márgenes; sin embargo, lo que define la

<sup>31</sup> Basta con pensar en el rol que tradiciones como le *rallie* ou la *chasse à courre* ocupan en la socialización de las clases dominantes. Para ello ver Pinçon, Michel y Pinçon-Charlot, Monique, *Grandes fortunes*, cit. *supra*.

situación de marginalidad es la distancia institucional entre la "sociedad" (reglas e instituciones) y el mundo "social" en esos barrios.<sup>32</sup>

En primer lugar, la imagen del cazador nos permite captar una figura de individuo. No es un individuo "negativo", al que se definirá sólo por su falta de soportes, por su estado de aislamiento. No es tampoco un individuo que dispone por entero de su futuro, que es capaz de prever su porvenir y de hacer proyectos para él o su progenie. Esta falta de control sobre el porvenir es lo que separa radicalmente al cazador del agricultor: "cuando hablaba con los guayaki de las plantas cultivadas (que nunca dejaron de consumir puesto que por siglos siguieron robando mandioca y choclo a los guaraníes, y después a los paraguayos), parecía que el verbo "plantar" faltaba en su vocabulario"<sup>33</sup>.

El individuo del que hablamos goza de ciertas formas de afiliación y antes que nada de una inscripción territorial. En ese sentido, la inscripción al barrio le permite conjurar el nomadismo y fijarse, y permite a las familias participar de un sistema de intercambios y de solidaridad. Es esta inscripción urbana la que permite controlar un territorio y construir un sistema de solidaridades locales con la familia situada en el centro. Acto seguido cabe recordar algo que ya observamos: los habitantes no se encuentran completamente excluidos de la vida institucional ni de la actividad económica. En su mayoría hay una participación en la sociedad mediante estructuras inestables que, al mantenerlos permanentemente en una situación de entrada y salida, expone su existencia a la vulnerabilidad. En ese contexto, el cazador trata de hacer lo mejor que puede, de sacar el máximo de beneficios jugando un juego de antemano orquestado, en un mundo que él encuentra ya institucionalizado.

<sup>32</sup> Durkheim hace de la distancia entre lo "social" como "vida psíquica" dispersa y la "sociedad" como realidad moral, "moral cívica" condensada en las instituciones, el centro de su análisis de la relación de los individuos con las instituciones. Cf. Durkheim, Émile, *Leçons de sociologie*, PUF, París, 1950 (1ª ed.: 1947; hay edición en español: *Lecciones de sociología: física de las costumbres y del derecho, y otros escritos sobre el individualismo, los intelectuales y la democracia*, trad.: Federico Lorene Valcarce, Miño y Dávila (Colección "Estudios Durkheimianos", dirigida por Ricardo Sidicaro), Madrid, 2003). Por su parte, Mary Douglas retoma esta problematización de las instituciones en un contexto teórico contemporáneo. Cf. Douglas, Mary, *Comment pensent les institutions*, La Découverte, París, 1999 (1ª ed. en inglés, 1986).

<sup>33</sup> Clastres, *op. cit.*, p. 136.

En segundo lugar, la imagen del cazador nos permite articular el comportamiento de los individuos con el comportamiento colectivo. Vimos cómo las organizaciones barriales juegan sobre el doble registro de una inscripción institucional (la lucha es por una escuela o por un centro de salud) y de la instrumentalización de la acción (el barrio está en la búsqueda permanente de los recursos distribuidos por el Estado o por las ONG, de los que depende). Las organizaciones barriales siembran y cultivan en el momento en que apuntan a *construir un barrio*, por ejemplo. Pero su vulnerabilidad es de tal magnitud que no pueden esperar una cosecha, "hecho demasiado aleatorio a causa de la inseguridad que les obliga a menudo a (...) abandonar a los pájaros y a los reedores las mieses que no pueden recoger"<sup>34</sup>. Tanto más cuanto que el tipo de cultivo que suelen realizar no cubre todas sus necesidades: las organizaciones barriales no actúan ni en el dominio económico ni en el del empleo, relegado a la acción individual, o "ciudadana". En ese sentido, si la precariedad de las relaciones de trabajo se sitúa en el corazón de las irregularidades ya descritas, la orientación de las políticas sociales, en el sentido de una focalización territorializada, no es en menor medida productora de inestabilidad.

### *Mirar al ciudadano con ojos de individuo*

¿Se puede distinguir el individuo moderno de la ideología contemporánea del individualismo? Esa cuestión general se desprende de lo que hasta aquí se ha expuesto y se complementa, como ayuda a la definición de una problemática, con otras dos, a saber: ¿qué individuo corresponde a las clases populares? y ¿cómo no reproducir una visión en la que estos individuos son únicamente definidos por sus aspectos negativos?

Explorar el mundo de las clases populares para hacer emerger la cuestión del individuo obliga a superar dos escollos. Por una parte, muchos investigadores han indicado el desfase entre ciertas teorizaciones del individuo resultantes de investigaciones realizadas en terreno de las clases medias y las observaciones realizadas en el medio popular. Así, se podría reprochar a algunas visiones

racionalistas frecuentemente movilizadas en ciencia política o en economía responder más bien a una figura particular de individuo que a una representación universal del Individuo moderno. En efecto, del carácter *middle class* de estas observaciones se derivaría una determinada inadecuación de estos análisis para ocuparse de los medios populares. También se ha reprochado al interaccionismo la generalización de una figura de individuo que pondría en escena su vida cotidiana actuando con máscaras y entre *back-stages*, como si esta figura poseyera algún carácter universal. Para que este individuo sea, en realidad, es necesario que la persona se convierta en un "valor sagrado", como diría Durkheim.

Por otro lado, los enfoques del mundo popular ponen a menudo de relieve una determinada "negatividad" de esta condición social. Tanto en los estudios sobre la pobreza como en los de la dominación o la exclusión, la anomia se impone al investigador como un concepto inevitable. Y esto es particularmente visible cuando se aborda la problemática del individuo de las clases populares. Ya se sabe: la dimensión normativa de la mirada sociológica aparece a menudo con mayor fuerza que en otras partes cuando se trata de investigar en el medio popular. Es frecuente que los individuos de las clases populares sean evaluados por la distancia en la que se encuentran en relación con el ideal de Individuo. En el medio popular se considera al individuo tan pronto ahogado en la heteronomía como pervertido por su contexto anómico.

En este sentido, la perspectiva del "desvío" ofrece a menudo buenos ejemplos por los temas a los que otorga preferencia: el alcoholismo, la delincuencia, la toxicomanía, aunque también el abstencionismo, la apatía, la falta de iniciativa o de participación. La cuestión que parece imponerse entonces es la del grado: ¿cuánto se separan los individuos de las clases populares de la norma del Individuo?

Ahora bien, formular esta pregunta sobre la norma impide que aparezca otra: ¿Hay una especificidad de la individuación en el medio popular? En efecto, la cuestión del individuo aparece mezclada con la del ciudadano. La tentación, entonces, es querer saber si, por ejemplo, los individuos en situación de precariedad son más o menos individuos que los de las clases medias. Sin embargo, no hay que dejar la dimensión normativa, constitutiva de todo análisis, invadir el espacio de los cuestionamientos hasta obturarlo completamente. Nos proponemos explorar la vía de una especificidad de las condiciones de individuación en situación de precariedad, pero no para dejar de lado la cuestión de la ciudadanía y abandonarnos a un relativismo estéril. Al contrario. Se trata de explorar las condiciones históricas y locales en las cuales observamos a los individuos de las

clases populares luchar para conquistar una ciudadanía que encuentran marchita, seca o disminuida a causa de la agresividad del medio en el que ella debería desarrollarse.

Para ello nos hemos apoyado, por un lado, en mi propio trabajo de campo, y por otro en los estudios clásicos sobre clases populares, ya que toda esta literatura parece indicar la especificidad de las condiciones de individuación en estos medios. Basta con pensar en las observaciones de Louis Chevalier, de Oscar Lewis, de Richard Hoggart o de Friedrich Engels, por no citar más que a los más clásicos.

### *La confusión de la modernidad*

De manera general, parecería que una de las especificidades de los medios populares es la densidad relacional de su vida cotidiana. Ciertamente, desprovistos de otros apoyos —en particular de los de tipo institucional—, las clases populares siempre han sabido construir estructuras de solidaridad de tipo relacional. Estas estructuras permiten estabilizar una vida cotidiana muy a menudo marcada por el sello de la inestabilidad y la precariedad. Los investigadores han destacado así la preeminencia de los vínculos locales, territorializados: la familia, la religión y la vecindad ocupan entonces "naturalmente" un lugar privilegiado en la descripción de las formas de solidaridad emparentada, de proximidad o cercana.

Hasta aquí nada debería plantearle problema a una perspectiva que pretendiera invocar la especificidad de los medios populares. Sin embargo, un obstáculo aparece en cuanto se aborda la pregunta por el individuo, pues la mayoría de los investigadores propone el hecho de que la densidad de los vínculos de proximidad encerraría a las personas en un tejido relacional que ahogaría al individuo, impidiéndole desarrollarse. De hecho, para el caso de las clases populares estaríamos la mayor parte del tiempo frente a estructuras de tipo tradicional, donde la dimensión "comunitaria" se impondría. Se continúa así sobre la vía trazada por los padres fundadores de la sociología para concluir con las dificultades de despliegue del individuo en el medio popular.

La primera Escuela de Chicago se vio enfrentada a este problema (lo que hemos observado a través del caso del "gueto", citado en el capítulo 5). Si la ciudad aparece con Georg Simmel como el espacio natural del individuo, el

barrio se presenta como el territorio de los vestigios comunitarios de un pasado tradicional, para volverse en el mejor de los casos una "provincia moral" donde se determinaría el estilo de vida. Esta tensión entre la ciudad o la metrópolis como mantillo de la personalidad moderna, por una parte, y el barrio como refugio de las comunidades, del otro, siempre ha cruzado los debates producidos en el seno de la Ecología Urbana. Tanto que cuando deja de contemplar la "vecindad" como lugar de afiliaciones locales con connotación de tradicionales se inclina completamente hacia el lado del individuo. La ambigüedad está presente en la manera en que Louis Wirth trata por un lado al gueto judío como espacio de lo comunitario, y su conceptualización del fenómeno urbano como un modo de vida propicio al desarrollo del individuo, por el otro. De igual modo, cuando Roderick D. McKenzie analiza el *neighborhood*, pone en juego toda la ambivalencia de este vocablo. El barrio puede entonces significar un refugio comunitario que permite a los trabajadores atenuar los efectos más perversos de su desestabilización (lo que le permite a este autor disertar largamente sobre la "comunidad primitiva" en un artículo consagrado a los barrios de Columbus, Ohio), o por el contrario aparecer como una simple asociación de intereses individuales. A tal punto que *the neighborhood* deviene una simple reunión de individuos cuando analiza los barrios acomodados de Columbus, donde la acción colectiva no se da sino bajo el impulso de promotores exteriores, como los agentes inmobiliarios.<sup>35</sup>

De un modo general, la problemática se inscribe evidentemente en la línea clásica del paso de la comunidad a la sociedad de la que son fundadores los trabajos de Durkheim y Tönnies y que encuentra una formulación más precisa en los textos de Louis Dumont.<sup>36</sup> Esta tesis es defendida, por ejemplo, por Roberto DaMatta, quien señala que la cultura popular en Brasil se caracteriza precisamente por la ausencia del individualismo característico de las sociedades "modernas". Según DaMatta, lo propio de la cultura popular es la preeminencia de lo relacional sobre el individuo, tejido de proximidad que él califica de "tradicional".<sup>37</sup> Este

autor llega a encontrar precisamente allí las razones de la debilidad crónica de la ciudadanía en una sociedad como la brasileña. Observa la superioridad de las relaciones personales ante una sumisión impersonal a la ley característica de las dominaciones burocráticas (tal como fue establecido por Max Weber). DaMatta compara así la relación con la ciudadanía observada en los Estados Unidos y Europa con la que él encuentra en Brasil. En el primer caso, la ciudadanía se presenta como un zócalo de derechos sobre el que se funda la persona. En Brasil, por el contrario, ser considerado como un simple ciudadano es que te caiga la ley encima cuando no se puede hacer valer ninguna relación personal para protegerse de esta degradación política. Como en una sociedad tradicional, la persona se impone aquí sobre el individuo. Someterse a un tratamiento (legal) impersonal se traduce entonces en la desaparición de todos los derechos y la disolución de la persona. Por esta razón, ante un policía, por ejemplo, en Brasil no se invocaría a la ciudadanía sino en última instancia. El ciudadano hace prevalecer siempre el "¿Sabe usted con quién está hablando?", dejando pensar al funcionario que se está protegido por relaciones personales frente a lo arbitrario de la ley.<sup>38</sup>

Por nuestra parte, partimos de una hipótesis contraria. Es cierto que para algunas configuraciones precisas la presencia de estructuras tradicionales impide el desarrollo de dinámicas de individuación. Esto es cierto para una sociedad de castas como la estudiada por Dumont. Dicho esto, en la mayoría de las sociedades contemporáneas de las grandes ciudades las clases populares ofrecen al estudio situaciones de individuación específicas que no pueden en ningún caso identificarse con la preexistencia de una sociedad tradicional. En estos casos, tomar como lente de aumento el corte tradición/modernidad estorba más de lo que deja ver. Está claro que "ya no estamos en la *Gemeinschaft* y que no volveremos nunca a ella", ni siquiera en las grandes ciudades del Tercer Mundo.

Presentemos pues una propuesta metodológica. Esta consiste en mantener separadas de manera general a la ideología moderna del individualismo de los procesos múltiples de individuación. Ello debería permitirnos identificar las situaciones de individuación características de los mundos populares. No queremos dejar de denunciar en qué medida las situaciones de pobreza, precariedad y desestabilización apartan a los individuos de las condiciones necesarias para el

<sup>35</sup> McKenzie, Roderick, "Le voisinage. Une étude de la vie locale à Columbus, Ohio", en Grafmeyer, Y. y Joseph, I., *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Aubier, Paris, 1990, pp. 213-254 (*The Neighborhood*, 1921).

<sup>36</sup> Dumont, Louis, *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, Seuil, Paris, 1991 (1ª ed.: 1983).

<sup>37</sup> DaMatta, Roberto, *Carnavais, Malandros e Heróis: Para uma Sociologia do Dilema Brasileiro*, Rocco, Rio de Janeiro, 1979. Para una versión más reciente de estas tesis, véase DaMatta, Roberto, "Invidualidade e liminaridade: considerações sobre os ritos de passagem e a modernidade", en *Mana* vol. 6, Rio de Janeiro, abril de 2000, pp. 7-29.

<sup>38</sup> DaMatta, Roberto, "Cidadania. A questão da cidadania num universo relacional", en *A casa...*, pp. 65-95.

ejercicio de una ciudadanía plena. Pero queremos también intentar comprender cómo se convierte uno en individuo en un contexto de precariedad. Y el "cómo" obedece aquí a su doble sentido: cuál es la especificidad de los procesos de socialización o individuación en el medio popular, y cuáles son las modalidades específicas de individuo allí observadas. Esto nos obliga a reconocer la emergencia de formas de ciudadanía a través de las cuales se manifiesta la politicidad de las clases populares. Una vez más: no se trata de ceder al relativismo sino de reconocer dos posiciones distintas frente a un mismo problema. Por nuestra parte, identificamos la distancia presente entre las prácticas observadas en el seno de las clases populares y una norma ciudadana que querríamos ver realizada. Pero este punto de vista no debe ser confundido con las posiciones marcadas por un formalismo excesivo, que criticamos, pues implica la negación de todo carácter democrático a las prácticas populares (resultado de esta distancia a una norma ciudadana hipostasiada).

Esta confusión entre ideal de individuo y formas de individuación conduce casi siempre a los investigadores a negar la existencia de individuos en el medio popular. Vimos cómo, a través de una operación intelectual similar, una extensión excesiva del lugar normativo del concepto de ciudadanía llevó a una parte importante de la sociología y de la ciencia política a no poder reconocer en Argentina las transformaciones políticas que las clases populares sufrieron y produjeron durante los más de veinte años de vida democrática que han transcurrido desde la elección de Raúl Alfonsín el 10 de diciembre de 1983.

\* \* \*

Propongamos pues una postura metodológica que presente una doble utilidad a partir de la consideración del mundo popular como una situación específica de individuación. Las condiciones de precariedad y las formas de asociación y cooperación pueden concebirse simplemente como una forma específica de socialización, en un contexto donde el arma principal del dominador es la desestabilización o la "puesta en movilidad" de los individuos<sup>39</sup>.

<sup>39</sup> Castel, Robert, *Les métamorphoses... y L'inécurité...*; Castel, R. y Haroche, Claudine, *Propriété privée...* Véase también Martuccelli, Danilo, *Domination ordinaires. Explorations de la condition moderne*, Baland, Paris, 2001.

El primer beneficio de este punto de vista es que permite pensar una sociología del individuo que deje de tener una opinión sustancialista y no-histórica. Pero para ello es necesario poner entre paréntesis el ideal del individuo, a fin de restituir todo su carácter normativo a lo que Dumont llamaba "la ideología del individualismo", uno de los valores centrales de nuestra civilización. Esto nos permite observar *otras formas de individuación* que seguramente se apartan del ideal individualista, aunque sería exagerado, si no incluso un error, calificar las producciones de los individuos que pueblan los barrios como pertenecientes a la pura negatividad.

El segundo dividiendo de este punto de vista es para la sociología de las clases populares. La entrada por el individuo permite ver sus producciones en el marco de una visión que no condena *a priori* las estructuras que sirven a menudo como único punto de apoyo a los que sufren la precariedad. El barrio popular resulta entonces una forma de inscripción colectiva (por el territorio) a menudo paralela a otras modalidades de inscripción, como las representadas por el Estado y por el trabajo. Son estas formas de inscripción las que permiten a veces resistir algunos de los efectos más perversos de una individualización anómica que amenaza a los más débiles de una desafiliación completa, peligro especialmente importante para los que no pueden ampararse en sindicatos o partidos. Las estructuras relacionales construidas en el marco de una inscripción territorial de los individuos sustituyen a menudo las fallas de las otras modalidades de inscripción colectiva. Frecuentemente les permiten también a esos individuos juntarse para actuar sobre el sistema político en defensa de sus intereses y de la ciudadanía.